Capítulo III

ORIENTE PRÓXIMO: CAMBIO SIN RETORNO

Autor: Mario Ángel Laborie Iglesias

RESUMEN

La relativa calma que Oriente Próximo ha conocido durante casi tres años ha desaparecido, como consecuencia de las revueltas populares que se extienden en la actualidad por el mundo árabe. El futuro escenario geopolítico en la zona quedará determinado por el sentido en que se conduzcan los cambios en curso. Desde la premisa de que la enorme complejidad y volatilidad del entorno dificulta el análisis sosegado de los hechos y la obtención de perspectivas de futuro válidas a medio plazo, la presente contribución tratará de exponer tres de los aspectos considerados más relevantes que las vertiginosas transformaciones sociales y políticas en marcha están suponiendo sobre la estabilidad regional: el conflicto palestino-israelí, las relaciones egipcio-israelíes y la explosiva situación en Siria.

Palabras clave:

Oriente Próximo, conflicto palestino-israelí, Sinaí, Siria

ABSTRACT

The relative calm that the Middle East has known for almost three years has disappeared as a result of popular uprisings spread today by the Arab world. The future geopolitical landscape in the area will be determined by the ongoing changes direction. The starting point is that the enormous complexity and volatility of the peaceful environment difficult the facts analysis to obtain valid prospects in the medium term. However, this contribution tries to explain three of the aspects considered most relevant for the regional stability: the Palestinian-Israeli, Egyptian-Israeli relations and the explosive situation in Syria.

Key words:

Middle East, Israeli-Palestinian conflict, Sinai, Syria

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos decenios Oriente Próximo[1] se ha situado fuera de los acontecimientos políticos y sociales mundiales (ver figura 3.1). Ajenos en gran medida a las enormes transformaciones estratégicas producidas a escala global, los Estados que conforman esta región, de vital importancia para el planeta, han permanecido fuera de las dinámicas que han sacudido a otras partes del mundo. Es posible señalar que en realidad los últimos sucesos de importancia indiscutible para la zona fueron los Acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel de 1978 y la revolución iraní de 1979.

Figura 3.1. Mapa de Oriente medio

[1] El presente escrito considera a la región de Oriente Próximo en su extensión más amplia, incluyendo en ella a países que como Irán o Turquía tienen influencia esencial en los asuntos de la región.

Ni siquiera la caída de la URSS a principios de los años noventa del pasado siglo XX, o una década después, el comienzo de la mal denominada «guerra global contra el terror» y las consiguientes intervenciones lideradas por los países occidentales en Irak y Afganistán, alteraron las constantes geoestratégicas en Oriente Próximo. El permanente conflicto árabe-israelí, con sucesivas etapas de enfrentamientos armado y de «paz caliente», así como la ardua búsqueda internacional de una solución estable al mismo, constituían los parámetros esenciales. En consecuencia, la situación interna de los Estados implicados, no solo los árabes sino también la de Israel, quedaba capturada por el propio conflicto. Con la aquiescencia occidental en general y de los EE.UU. en particular, los regímenes árabes de la zona, en la mayoría autócratas y con un gran nivel de corrupción, se han perpetuado en el poder con la excusa de que esa situación era la idónea para conservar la frágil estabilidad regional. Por su parte, Israel se mostraba satisfecho de identificar interlocutores explícitos con los que poder mantener una distante disuasión militar.

Sin embargo, estos parámetros históricos han saltado por los aíres desde comienzos de 2011, cuando el suicidio de un joven tunecino se convirtió en el epicentro de masivas protestas populares que se han ido extendiendo con inusitada rapidez y virulencia a la mayor parte de los países árabes. Sus consecuencias geopolíticas a medio y largo plazo son, a fecha de hoy, imprevisibles aunque el impacto inmediato es indudable.

Efectivamente, el escenario de Oriente Próximo está siendo rediseñado por estas revueltas que en demanda de mejoras socioeconómicas y respeto individual están llevando a cabo una mayoría de ciudadanos árabes de la zona. Las sorprendentes trasformaciones que se están produciendo, especialmente en Túnez, Libia, Egipto, Jordania, Siria y Yemen, parecen estar abriendo una transición hacia un nuevo Oriente Próximo cuya forma definitiva es todavía una incógnita. Es discutible si los cambios conducirán hacia modelos de gobierno próximos a los estándares democráticos occidentales que fomenten mejores oportunidades económicas y sociales para sus poblaciones, y la coexistencia pacífica con Israel, o si, por el contrario, el radicalismo y el fundamentalismo religioso impondrán sus reglas, con lo que la tan deseada paz estable y duradera será de nuevo una mera utopía.

Desde la premisa de que la enorme complejidad y volatilidad del entorno dificulta el análisis sosegado de los hechos y la obtención de perspectivas de futuro válidas a medio plazo, la presente contribución tratará de exponer tres de los aspectos considerados más relevantes que las vertiginosas transformaciones sociales y políticas en marcha están suponiendo sobre la estabilidad regional: el conflicto palestino-israelí, las relaciones egipcio-israelíes y la explosiva situación en Siria.

ANTECEDENTES DEL CONFLICTO

El sempiterno conflicto entre israelíes y palestinos (ver figura 3.2) permanece en el centro de la inestabilidad regional y sigue constituyendo el mayor riesgo para la paz. Los esfuerzos de la comunidad internacional durante los últimos meses para conseguir desatascar una situación, a todas luces enquistada dada las posiciones irreconciliables de las partes, han producido unos resultados más bien desalentadores. La propia administración Obama, que puso la resolución de este conflicto en un puesto destacado de su agenda cuando llegó al poder en 2009, ha mostrado signos de cansancio. No obstante, el trascendental influjo de las revueltas populares, la propia evolución interna tanto de Israel como de Palestina y la solicitud en las Naciones Unidas de Palestina para ser reconocida como Estado independiente, hace predecir, aunque con cautela, que el proceso de paz pudiera entrar en una nueva fase.

Figura 3.2. Israel

Por otro lado, los bruscos cambios sufridos en los últimos meses en las relaciones entre Egipto e Israel constituyen otro punto de indudable interés. Tres días después del 33º aniversario de los Acuerdos de Camp David de 1978, que supusieron el fin del conflicto entre ambos países y el reconocimiento por parte egipcia del Estado de Israel, las relaciones entre las dos naciones se han visto sujetas a la peor crisis diplomática desde aquella fecha. La reacción de Egipto a la trágica muerte de cinco miembros de sus fuerzas de seguridad, desplegados para asegurar la frontera del Sinaí, en una operación militar perpetrada por Israel fuera de su territorio, ha despertado a los israelíes a una nueva realidad. Las imágenes emitidas por las televisiones de todo el mundo en las que se veía a un joven egipcio arriar la bandera de Israel de su embajada en El Cairo, en medio del júbilo de una muchedumbre enfervorizada, representa muy claramente el profundo resentimiento popular árabe sobre la situación de los palestinos y que la anterior pasividad alentada por el depuesto Hosni Mubarak es ya historia.

El tercer y último elemento que centrará la atención de este análisis lo constituye la explosiva situación de Siria. La difícil circunstancia en la que se encuentra este país influye de manera decisiva, no solo en el conflicto árabe-israelí en su totalidad, sino también en las relaciones entre los propios países

árabes, como Líbano, Arabia Saudí e Irán, en la que subyace la confrontación entre los credos sunita y chiita y una sorda pugna por la hegemonía regional. En este punto, el papel que puede desempeñar Turquía merece también de algunas reflexiones.

SITUACIÓN ACTUAL DEL CONFLICTO

El conflicto Palestino-Israelí

A partir de enero de 2009, tras la conclusión de la Operación Plomo Fundido, el criticado ataque que Israel lanzó sobre Gaza, una tregua tácita entre israelíes y palestinos ha estado vigente. Durante este periodo de tiempo, en el que Israel se ha abstenido de llevar a cabo «eliminaciones selectivas» contra líderes considerados terroristas y que participan en la planificación de ataques contra territorio hebreo, las acciones militares por ambas partes se han limitado a incidentes aislados.

Pero, en contra de lo que podía esperarse, la tregua no ha hecho avanzar de forma decidida el proceso de paz. Por el contrario, las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos, sobre la base de la denominada solución de los «dos Estados», permanecen paralizadas desde mediados de 2010. Los palestinos se niegan a negociar, al menos de forma pública[2], mientras Israel continúe con la política de asentamientos en los territorios ocupados de Cisjordania (ver figura 3.3). Es preciso recordar que en septiembre de 2010 Israel dio por concluida la moratoria parcial que mantuvo durante diez meses permitiendo de nuevo la construcción de viviendas en las colonias judías de Cisjordania. Así a principios del pasado mes de agosto de 2011, el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, dio luz verde a la edificación de 930 casas en Har Homa, asentamiento hebreo ubicado cerca de Belén. Además, en septiembre de este año está previsto autorizar la construcción de más de 3.000 viviendas en varias localidades de Cisjordania, incluyendo Jerusalén.

Figura 3.3. Cisjordania

[2] En los últimos meses, Simon Peres ha mantenido al menos cuatro reuniones con el presidente palestino Mahmoud Abbas. Información obtenida en: http://www.haaretz.com/news/diplomacy-defense/netanyahu-examining-possible-future-borders-of-a-palestinian-state-1.381422. Fecha de la consulta 1.09.2011.

Figura 3.4. Franja de Gaza

Mayoritariamente convencidos de que con medios violentos no alcanzarán sus objetivos políticos, y como medio de romper el actual *statu quo*, los palestinos parecen dispuestos a buscar el reconocimiento de las Naciones Unidas de un Estado independiente según las siguientes bases: fronteras previas a la Guerra de los Seis Días de 1967, es decir según lo señalado en el Armisticio de 1949, y que incluya la Franja de Gaza (ver figura 3,4), Cisjordania y Jerusalén Este. Está previsto que el texto de la propuesta palestina se someta a consideración de la Asamblea General de la ONU en su sesión anual a finales del mes de septiembre.

Según el derecho internacional, para que la decisión de la ONU tenga efectos prácticos se requiere la aprobación del Consejo de Seguridad. Si, tal y como ya lo han confirmado, EE.UU. veta en el Consejo cualquier iniciativa en esa línea, los representantes palestinos planean pedir a la Asamblea General una resolución positiva al respecto. En este foro, la gran mayoría de sus miembros son propensos a apoyar una moción de reconocimiento de un Estado palestino independiente, ya que más de 120 naciones ya lo han hecho oficialmente. Asimismo, la Asamblea General podría otorgar a Palestina el estatuto de «observador», según la misma fórmula utilizada con la Santa Sede que, aunque no proporciona derecho de voto, sí permite adherirse a los convenios y tratados internacionales depositados en la ONU.

Aunque como ha sido ya señalado, la Asamblea General no dispone de atribuciones para admitir a Palestina como miembro de pleno derecho de la ONU, sin duda un amplio reconocimiento por su parte proporcionaría un respaldo histórico a la causa palestina; de ahí los temores que esta iniciativa ha creado en Israel.

El punto de vista palestino es que, aunque el voto de la Asamblea General sea meramente simbólico, tan solo a través de este paso y el consiguiente respaldo internacional del nuevo Estado es posible anular el «unilateralismo» israelí y ejercer la suficiente presión con la esperanza de obligarle a hacer concesiones. Esta postura palestina parece haber tomado fuerza en los últimos meses a raíz del acuerdo entre Fatah, Hamas y otros once partidos palestinos, incluido la

Yihad Islámica, firmado en mayo de 2011, para la formación de un gobierno de unidad nacional y que debe conducir a la convocatoria de elecciones en Cisjordania y Gaza en la primavera de 2012. Aunque es pronto para determinar la viabilidad del acuerdo de reconciliación entre las distintas facciones, dadas las enormes diferencias existentes entre ellas, si es posible indicar que como ha señalado el Grupo Estratégico Palestino[3] «la unidad estratégica, muy realzada ahora por el proceso de reconciliación» es un requisito clave para la formulación de una estrategia palestina efectiva.

La mencionada intención de la Autoridad Nacional Palestina de acudir a la ONU ha provocado reacciones negativas en Israel, EE.UU. y otros países que deploran lo que consideran un enfoque unilateral palestino y desconfían de las posibles consecuencias, que como el resurgimiento de la violencia, podría conllevar la aprobación por parte de la Asamblea General de esa propuesta.

Durante meses, expertos jurídicos han analizado las diversas consecuencias del potencial reconocimiento de Palestina. Incluso se ha llegado a señalar que si se reconoce dicho Estado, de acuerdo a las fronteras de 1967, se socavarían las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad, así como los acuerdos de Camp David y de Oslo, que piden un resultado negociado y no predeterminar las fronteras finales. Incluso un informe jurídico independiente[4] realizado por Guy Goodwin-Gill, profesor de derecho internacional público en la Universidad de Oxford y miembro del equipo jurídico que representó al Gobierno de Jordania en el caso del «Muro» contra Israel en la Corte Internacional de Justicia en 2004, sostiene que el reconocimiento de un Estado palestino por la ONU podría poner en peligro los derechos de los millones de palestinos que viven fuera de Gaza y Cisjordania. Otros alertan que la estrategia palestina proporciona una buena coyuntura para que Israel adopte también medidas unilaterales, como podrían ser la anexión de los asentamientos en territorios ocupados y de la zona junto al río Jordán necesarios para establecer una frontera defendible, así como la imposición de sanciones económicas, consecuencia de la violación de los acuerdos de paz. No obstante, el presidente Mahmoud Abbas ha ignorado en gran medida todos estos argumentos y prosigue decidido en pos de su estrategia la ofensiva diplomática por todo el mundo, habiendo conseguido hasta el momento el importante apoyo de China, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, así como de otras potencias regionales como India o Brasil. Rusia, por su parte, ha venido reafirmando su

[3] Según información obtenida en su web, el Grupo Estratégico Palestino es un foro compuesto por 55 personalidades palestinas «dedicado al debate estratégico en el que los palestinos de todo el espectro social y político lleven a cabo análisis sobre el entorno del conflicto con Israel a fin de fortalecer y guiar el proyecto nacional palestino para su liberación e independencia». Información obtenida en www.palestinestrategygroup.ps. Fecha de la consulta 31.08.2010.

[4] Texto en inglés del informe disponible en: http://www.documentcloud.org/documents/238962-final-pdf-plo-statehood-opinionr-arb.html. Fecha de la consulta 31.08.2011.

apoyo a la causa palestina, sin modificar la posición adoptada por la antigua URSS que reconoció la independencia de Palestina en 1988.

Como era previsible las críticas más duras a la apuesta palestina provienen de Israel. Allí, el primer ministro, Benjamín Netanyahu, defiende que todas las disputas deben resolverse mediante negociaciones bilaterales y que las fronteras de 1967 son «indefendibles». En esta línea, en un discurso dirigido al Congreso de los Estados Unidos, el 24 de mayo pasado, Netanyahu, aunque apoyó la solución de los «dos Estados», dejó claras las condiciones para un acuerdo de paz permanente: reconocimiento de Israel como Estado judío, indivisibilidad de Jerusalén como capital de dicho Estado, incorporación al mismo de los suburbios de Jerusalén y del Gran Tel Aviv, desmilitarización completa del futuro Estado palestino, mantenimiento de la presencia militar israelí a lo largo del río Jordán, no aceptación de las fronteras previas a 1967 como delimitación entre los dos Estados y la renuncia al retorno de los refugiados palestinos. Además, Netanyahu insistió en que no negociaría jamás con una Autoridad Palestina apoyada por Hamas, considerada *«la versión palestina de Al-Qaeda»*.

El intento israelí de bloquear la iniciativa palestina en la ONU cuenta, aunque con importantes matices, con el apoyo de su tradicional aliado, EE.UU., que considera dicha iniciativa como inútil y perjudicial y que defiende llegar a un acuerdo de paz a través de negociaciones directas.

Cuando Barack Obama alcanzó la presidencia, puso la resolución del conflicto palestino-israelí en el centro de su política exterior. En su afamado discurso en la Universidad de El Cairo de junio de 2009, Obama afirmó que la única solución al conflicto es que «las aspiraciones de ambos lados las satisfagan dos Estados, donde los israelíes y los palestinos tengan paz y seguridad». Casi dos años más tarde, la realidad ha venido tozudamente a demostrar que las buenas intenciones no son suficientes para solventar el conflicto.

El 10 de mayo de 2011, el presidente estadounidense Barack Obama indicó la estrategia a seguir en Oriente Próximo. Su discurso fue calificado, en el mejor de los casos, como vago por no desarrollar medidas específicas, ni anunciar ningún cambio profundo en su postura sobre la región. En lo que respecta al conflicto palestino-israelí, las palabras del presidente estadounidense sirvieron para trazar las líneas maestras acerca de su política en este crucial asunto. Obama reconoció que el proceso de paz se encontraba estancado pese a los esfuerzos realizados por su administración en los dos últimos dos años y medio, pero que la resolución del mismo «es más urgente que nunca», ya que en estos momentos toda la región está inmersa en una ola de cambio. Para ello, Obama apoyo la consabida solución de los «dos Estados», de tal manera que «las fronteras de Israel y Palestina deben basarse en las líneas de 1967 con demarcaciones mutuamente acordadas,

para que se establezcan fronteras reconocidas y seguras para ambos Estados». En este punto, el presidente admitió la posibilidad de intercambios territoriales entre los palestinos e Israel, ya que medio millón de ciudadanos judíos viven actualmente en territorios ocupados durante la guerra de los Seis Días. Obama alertó que el futuro de Israel, como Estado judío y democrático, estaría en peligro si no se avanza decididamente en el reconocimiento de un Estado palestino. El mandatario norteamericano no olvidó reiterar una de las constantes de la política exterior de los EE.UU.: «nuestro compromiso con la seguridad de Israel es inquebrantable». En consecuencia, y en palabras del propio Obama la solución debe pasar por «una Palestina viable, un Israel seguro». No obstante, el discurso evitó las dos grandes cuestiones pendientes en la futura paz entre israelíes y palestinos: Jerusalén y la vuelta de los refugiados palestinos.

En los meses posteriores a este discurso las posturas tanto de israelíes como palestinos se han distanciado de las propuestas norteamericanas, algo totalmente impensable hace algún tiempo. Ambas partes han elegido estrategias que se alejan de los parámetros señalados por Washington, al mismo tiempo que su capacidad de presión sobre israelíes y palestinos se ha reducido. Por ello, la percepción que parece abrirse en Oriente Próximo es que la voluntad de los Estados Unidos ya no es el elemento determinante en la región. Esto no significa en absoluto que la política de los EE.UU. pierda toda influencia. Pero con una economía en crisis, una imagen de cierta debilidad derivada del anuncio de la retirada militar progresiva en Afganistán y con la ya próxima campaña de reelección, el margen de maniobra de Obama se ha estrechado. Si a ello se une el impacto que las revueltas árabes ya están suponiendo, podría afirmarse que una nueva era «posamericana» se ha iniciado en Oriente Próximo.

Habida cuenta de los lazos históricos que han unido a EE.UU. con Israel y el anuncio del primero de vetar en el Consejo de Seguridad la propuesta de reconocimiento de Palestina, los representantes del pueblo palestino se están esforzando en conseguir el máximo apoyo por parte de los países miembros de la Unión Europea (UE), su primer donante de fondos para el desarrollo.

La UE todavía no ha decidido si defenderá en la ONU una postura común sobre el reconocimiento del Estado palestino. Junto a países miembros de la Unión, como España, que han expresado su simpatía por la iniciativa, otros, como Alemania Italia, Países Bajos y la República Checa han prometido a los israelíes que votarán contra dicho reconocimiento. Pese a las declaraciones de jefes de Estado o de gobierno europeos, así como de la propia Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, la británica Catherine Ashton, solicitando una posición común en este asunto, es más que probable que, de nuevo, la UE acuda dividida a Nueva York.

Esta fragmentación de opiniones en el seno de la UE sobre el reconocimiento de Palestina tendrá consecuencias. En primer lugar, debilitará la posición de la

propia Unión Europea como miembro del Cuarteto (EE.UU., Rusia, la Unión Europea y la ONU) para Oriente Próximo; segundo, afectará a sus relaciones con EE.UU., ya que la posibilidad de un proyecto transatlántico común en este tema quedará invalidado; y tercero, el espíritu del Tratado de Lisboa para avanzar hacia una auténtica política exterior común quedará socavado una vez más.

Las relaciones Israel-Egipto

Los Acuerdos de paz de Camp David entre Israel y Egipto, así como la cooperación entre los dos países son considerados vitales para mantener la estabilidad de Oriente Próximo. Desde 1978, momento de la firma de aquellos acuerdos y hasta hace unos meses, ambos países se habían esforzado en evitar cualquier situación que pusiera en riesgo el frágil equilibrio entre las partes. Es preciso recordar que los acuerdos de Camp David supusieron que Egipto perdiera en gran medida su tradicional liderazgo sobre el mundo árabe.

Sin embargo, la caída de Hosni Mubarak ha puesto en cuestión algunos de estos fundamentos. El hecho de que Mubarak hiciera de la conservación de la paz con Israel el eje central de su gobierno le granjeó el apoyo de Washington durante décadas. Pero desde que fuera depuesto, Egipto ha mejorado las relaciones con Hamas, ha instituido una política de fronteras mucho más indulgente con la Franja de Gaza y ha flirteado con restaurar las relaciones diplomáticas con Irán. Además, una vez eliminadas las censuras a la prensa y con un emergente movimiento islámico, la presión de la opinión pública egipcia, ahora mucho más crítica con Israel, se ha hecho patente.

Figura 3.5. Península del Sinaí

Esta nueva situación se ha manifestado en toda su amplitud a raíz de los eventos acaecidos el pasado 18 de agosto, cuando un grupo de pistoleros llevó a cabo un ataque contra dos autobuses israelíes y varios vehículos civiles y militares cerca de Eilat, una ciudad turística israelí en la punta del golfo de Aqaba, que separa la península del Sinaí de la península arábiga (ver figura 3.5). Al

final del incidente, seis israelíes y siete de los atacantes habían muerto. Las autoridades israelíes afirmaron de inmediato que los agresores se habían infiltrado en el Sinaí desde Gaza y desde allí hacia territorio israelí, acusando asimismo a Hamas de ser responsable del atentado, aunque la milicia palestina negó rotundamente su implicación en los hechos. Algunos medios de prensa judíos culpabilizaron a Egipto por su supuesta pérdida de control sobre la situación de seguridad en el Sinaí, llegando incluso a afirmar que Egipto podría ser cómplice en el ataque. Tras el atentado mortal, las fuerzas israelíes de seguridad penetraron en Egipto en persecución de los atacantes matando en la acción a cinco policías fronterizos egipcios.

Los eventos señalados destaparon el sentimiento popular antiisraelí en Egipto. Así, como muestra de la actual época pos Mubarak que vive el país norteafricano, su gobierno de transición se reunió en una sesión de emergencia y emitió una declaración condenando el asesinato de sus policías y exigiendo una disculpa por parte de Israel. Además «llamó a consultas» a su embajador en Tel Aviv lo que ha supuesto el primer conflicto diplomático entre ambas naciones desde que en febrero de 2011 el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas egipcias se hiciera con el poder del país. Además, alejándose de lo que había sido rutina hasta ahora, las nuevas autoridades egipcias dieron plena libertad a la población para expresar su ira por los incidentes en el Sinaí. También, los potenciales candidatos presidenciales se han apresurado a aprovecharse de la situación, rivalizando entre sí en sus posturas antagonistas hacia Israel.

Por su parte, el gobierno israelí ha tratado de no agravar las tensiones con su vecino, restando importancia a la crisis y afirmando que continuaban los contactos «a nivel táctico» entre los mandos militares de ambos países. Asimismo, y en una reacción sin precedentes en la historia de las relaciones entre El Cairo y Tel Aviv, el ministro de Defensa Ehud Barak y el presidente Simon Peres han emitido disculpas oficiales y el gobierno israelí también ha accedido a la demanda de una investigación conjunta sobre el incidente.

Lo que los acontecimientos han puesto sobre la mesa es la incapacidad egipcia para controlar del Sinaí bajo las actuales condiciones. El norte del Sinaí se ha convertido en un área donde la ausencia de control gubernamental ha permitido durante años el contrabando y otras actividades ilegales, que se han visto exacerbadas por el bloqueo de los territorios palestinos de Gaza. En los últimos meses, se ha señalado un aumento del tráfico de armas, en su mayoría procedentes de Libia y Sudán, en dirección a los territorios palestinos. Las armas, después de pasar por la región sur de Egipto y por el mar Rojo, cruzan hasta el norte del Sinaí, llegando a manos de Hamas a través de los túneles que conectan las zonas egipcia y palestina del paso de Rafah. Este flujo de armas se ha traducido en limitados en-

frentamientos entre traficantes y la policía egipcia. Por otro lado, continuos sabotajes dañan el gasoducto que canaliza gas a Israel, lo que socava el vital abastecimiento energético.

Israel se ha venido quejando continuamente de que la seguridad en el Sinaí es débil e insuficiente para evitar las infiltraciones transfronterizas. Sin embargo, Egipto tiene una capacidad limitada para desplegar fuerzas militares y policiales en el área. De acuerdo con el Tratado de Camp David de 1978 Egipto no puede modificar la presencia de cuerpos de seguridad sin el consentimiento de Israel. El Tratado de paz limita el número de fuerzas egipcias en la zona y también los tipos de armas que puedan mantener en el Sinaí, ya que, por ejemplo, se prohíbe el despliegue de carros de combate o artillería en la frontera con Israel. El tratado divide la península en cuatro zonas, que están desmilitarizadas en distintos grados. En particular, en la Zona C, un corredor que se extiende a lo largo de 220 kilómetros de la frontera de Egipto con Israel y otros 14 kilómetros a lo largo de la frontera con Gaza, solamente se permiten un número limitado de efectivos policiales egipcios.

Después de la retirada israelí de Gaza en 2005, se permitió a Egipto desplegar 750 policías adicionales para asegurar la frontera. Su número se duplicó en el 2007 después de la toma de Gaza por Hamas. En enero de 2011, durante las protestas generalizadas de la población egipcia en contra de su gobierno, Israel aceptó el despliegue de otros 2.000 soldados egipcios a la península del Sinaí, por primera vez desde que se firmó la paz. Ya en agosto de 2011, los intereses tanto de Egipto como de Israel para reforzar la seguridad en el Sinaí se han visto traducidos en la puesta en marcha de la «Operación Eagle», en la que participaron unos 1.000 soldados egipcios después del visto bueno de los Estados Unidos e Israel. La operación estuvo dirigida a combatir a elementos de Al-Qaeda y miembros de grupos islámicos radicales, después de que se produjeran manifestaciones en distintas partes del país organizadas por líderes salafistas y que incluso en una de ellas se destruyera una estatua del expresidente Anwar Al Sadat. En los últimos años Al-Qaeda ha aprovechado el vacio de seguridad en el Sinaí, así como la porosidad de la frontera con Gaza para incrementar allí su presencia lo que le ha permitido atacar a la policía egipcia y llevar a cabo varios atentados contra hoteles frecuentados por occidentales.

Todos estos incidentes, junto con la última escalada de la violencia en la zona han dado la oportunidad al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas de Egipto, quien dirige el país hasta las próximas elecciones presidenciales, para obligar a Israel a revisar los artículos del acuerdo de paz relacionados con los niveles de implementación y el armamento de las fuerzas egipcias en el Sinaí. El 27 de agosto de 2011, Egipto e Israel acordaron aumentar el número de tropas egipcias a lo largo de la frontera común.

Las revueltas populares en Siria y su influencia regional

Figura 3.6. Siria

Las protestas populares en Siria y la sangrienta represión que el régimen de Bashar Al Assad está llevando a cabo sobre sus propios compatriotas constituyen otro elemento de singular importancia para la estabilidad de Oriente Próximo. Obviamente, todo lo que ocurre en Siria (ver figura 3.6) tiene un valor esencial para sus vecinos y en especial para Israel y Líbano.

Previamente al estallido de las revueltas, en marzo de 2011, muchos árabes observaban al régimen sirio como un importante partidario de los movimientos de resistencia contra Israel en el Líbano y Palestina. Su indisimulado apoyo a Hezbollah y a Hamas hizo que fuese advertido como uno de los paladines de la causa antisionista. Por ello, durante las primeras semanas de las revueltas, la represión fue seguida en el mundo árabe con un silencio cómplice, incluso por los gobiernos árabes considerados hostiles a Siria. Para estos últimos, así como para las cancillerías occidentales una caída del régimen baazista sirio crearía un escenario regional impredecible. Pero a medida que aumentaron los disturbios en la mayoría de las ciudades sirias y se incrementaba la violencia de la represión de los opositores, hecho asumido como una debilidad del gobierno, fueron abriéndose paso nuevas consideraciones. Así, un creciente número de naciones ha comenzado a percibir a Siria como un elemento desestabilizador.

Consecuentemente, y junto con la Unión Europea y EE.UU., los principales actores regionales como Arabia Saudí, Jordania o Turquía han tomado medidas para distanciarse del tambaleante régimen sirio. A principios del mes de agosto y haciendo gala de cierta hipocresía dada su situación interna, Arabia Saudí, Bahrein y Kuwait, retiraron a sus embajadores de Damasco, uniéndose a las críticas mundiales sobre el comportamiento del régimen sirio. Asimismo, algunas fuentes han informado que Arabia Saudí y la libanesa Alianza 14 de Marzo, dirigida por Saad Hariri[5] y de reconocida tendencia prooccidental, estarían dando apoyo material a los sublevados sirios. La Unión Europea por

[5] Saad Hariri es hijo de Rafik Hariri, ex primer ministro libanés asesinado en 2005. En julio de 2011, el Tribunal Especial para Líbano de Naciones Unidas, que investiga el asesinato de este último anunció que cuatro miembros de Hezbollah eran autores del magnicidio. Entre los acusados figura Mustafá Badreddine, uno de los principales jefes militares de la milicia chií. Información obtenida en: «La Interpol dicta alerta roja para detener a cuatro miembros de Hezbollah en relación al asesinato de Hariri». La Vanguardia. 10.07.2011. Disponible en: http://www.lavanguardia.com/20110710/54183538532/la-interpol-dicta-alerta-roja-para-detener-a-cuatro-miembros-de-hizbula-en-relacion-al-asesinato-de-.html. Fecha de la consulta 2.09.2011.

su parte ha prohibido la entrada en su territorio y ha bloqueado los fondos de medio centenar de personas y una decena de empresas vinculadas al régimen de Al Assad y ha establecido el embargo a la compra, importación y transporte de petróleo sirio.

Pero Al Assad sigue contando, hoy por hoy, con el apoyo de sus tradicionales aliados, Irán y Hezbollah, así como del gobierno libanes controlado por esta última. La milicia libanesa está en deuda con el régimen sirio debido al apoyo que recibido a lo largo de los años. Este apoyo ha incluido la provisión de armamento y material. Asimismo, los líderes de Hezbollah han encontrado un refugio relativamente seguro fuera del peligro que suponen los ataques israelíes. Además, Siria ha actuado como un intermediario fiable para los intereses de Irán en la región.

A la vista de los citados apoyos y reprobaciones, aunque reconociendo el esencial componente social de las revueltas, en Siria parece estar abriéndose paso un enfrentamiento sectario de acuerdo a divisiones entre sunitas y chiitas. Este enfrentamiento ha quedado reflejado en la quema de banderas iraníes por los manifestantes contrarios a Al Assad. Pese a que la mayoría de los sirios son sunitas, el poder está en manos de una minoría alauí, creencia entroncada en el chiismo, que supone menos del 10% del total de la población. No obstante es importante señalar que desde la invasión de Irak alrededor de un millón de chiíes han huido a Siria. Junto a la alteración del equilibrio demográfico, la expansión de la influencia iraní y la victoria de Hezbollah sobre Israel en 2006 han impulsado el chiismo en Siria.

Los chiíes temen el creciente papel que en las revueltas están teniendo organizaciones islámicas suníes como los Hermanos Musulmanes, duramente reprimidos durante décadas por los baazistas, pero que gozan del apoyo saudí. En 1982, el ejército sirio ocupó la ciudad de Hama y masacró a la totalidad de su población de unos 15.000 habitantes, en castigo por un intento de insurrección presuntamente dirigido por los Hermanos Musulmanes. Con estos antecedentes, es más que probable que tras una hipotética caída de Al Assad, un gobierno dominado por los suníes modifique radicalmente de orientación, con lo que los intereses iraníes, y por ende de Hezbollah, se verían gravemente perjudicados.

Otro elemento a tener en cuenta en la lucha sectaria entre los distintos credos del islam lo constituye el papel desempeñado por otras minorías que hasta ahora han apoyado al régimen del partido Baaz. Cristianos, drusos e incluso los palestinos observan las revueltas con inquietud, preocupados por si la situación futura se parecerá al periodo previo a la toma del poder por Hafez Al Assad, padre del actual presidente, en 1970. Aquella época se caracterizó por frecuentes golpes militares y la persecución sistemática de las minorías religiosas. Si estos temores no son superados y estas minorías permanecen fieles al régimen, el conflicto se prolongará en el tiempo, con un resultado final incierto.

El papel que puede jugar Turquía en este entorno se antoja esencial. Durante la década pasada, Turquía ha invertido una gran cantidad de recursos tanto políticos como financieros en Siria, país con el que comparte 800 km de frontera. Asimismo, se ha ido distanciando de Israel, situación cuyo último capítulo ha sido la expulsión de territorio turco, a primeros de septiembre, del embajador israelí. Esta medida es considerada una respuesta directa a la negativa de Israel a pedir disculpas por la muerte de nueve ciudadanos turcos durante el ataque llevado a cabo por fuerzas militares israelíes a una flotilla que con destino a Gaza intentaba en mayo de 2010 romper el bloqueo a los territorios palestinos[6]. Como parte de una estrategia más amplia para convertirse en un actor clave en el Oriente Medio, Turquía ha optado por el «soft power» sobre la base de su política de «cero problemas con los vecinos». Después de su reelección en 2011, el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, se comprometió a promover *«la justicia, el imperio de la ley, la libertad y la democracia»* en la región.

Sin embargo, los actuales levantamientos en Siria han planteado un serio desafío a las aspiraciones de Erdogan. La represión de Al Assad ha sido fuertemente criticada por el gobierno turco, que ha proporcionado amparo en su territorio a miles de refugiados sirios y a algunos líderes opositores. Si la situación en Siria continua deteriorándose, es posible que Turquía se vea obligada a intervenir de manera más explícita con lo que su «política blanda» se vería comprometida.

Obviamente, Israel presta una gran atención a los sucesos en Siria. Parte del problema de Israel con respecto a las revueltas en su país vecino es que los grupos de oposición contra Al Assad pueden representar también una amenaza para Israel. Por consiguiente, las opciones israelíes transitan entre dos alternativas de difícil encaje. La primera consiste en lidiar con el régimen sirio actual que ha sido considerado históricamente como un enemigo, pero con el que se ha conseguido una situación de cierta estabilidad y en la que se pueden aplicar reglas de enfrentamiento claras. La segunda alternativa, que se abriría tras la hipotética caída de Al Assad, sería negociar con un nuevo gobierno cuya posición e ideología podría ser radicalmente opuesta a los intereses israelíes, con lo que la posibilidad de llegar a acuerdos prácticos en materia de seguridad sería impracticable. Por todo ello, quizás la mejor opción para Israel sería la pervivencia del régimen del Baaz, pero con un Al Assad debilitado lo que a la postre significaría también la disminución de la influencia iraní en la zona. En cualquier caso, una extrema prudencia por parte israelí se antoja crucial.

[6] El 1 de septiembre se filtró a la prensa el esperado informe de las Naciones Unidas sobre el ataque de Israel a dicha flotilla. El informe, cuya publicación ha sido pospuesta en varias ocasiones, afirma que el bloqueo naval israelí es legal y apropiado, aunque señala que la acción fue «excesiva y no razonable». «Report of the Secretary-General's Panel of Inquiry on the 31 May 2010 Flotilla Incident» (July 2011) Disponible en: http://graphics8.nytimes.com/packages/pdf/world/Palmer-Committee-Final-report.pdf. Fecha de la consulta: 3.09.2011.

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVA

La relativa calma que Oriente Próximo ha conocido durante casi tres años se ha volatizado, como consecuencia de las revueltas populares que se extienden en la actualidad por el mundo árabe. Las trasformaciones sociales y políticas que hoy solo empezamos a vislumbrar deben ser percibidas no únicamente en clave interna de los Estados afectados, sino también por sus repercusiones para el conjunto de la región.

Muchos son los que afirman que el nuevo contexto constituye una ventana de oportunidad para alcanzar la ansiada paz y estabilidad. Pero, pese a las esperanzas planteadas, el futuro escenario geopolítico en la zona quedará determinado por el sentido en que se conduzcan los cambios en curso. Es todavía prematuro determinar la dirección en la que se orientarán esos cambios, pero lo que resulta indudable es que el anterior *statu quo* es ya parte de la historia. La debilidad de la sociedad civil árabe, largamente adormecida por las autocracias, todavía imperantes en la mayoría de los países de la región, constituye un reto para el triunfo pacífico de las revueltas. Parece fuera de toda duda que al menos en Egipto los grupos islamistas han reforzado su posición, lo que es observado con grandes dosis de cautela por Occidente.

Para Israel, la cuestión que se plantea es cómo afrontar una situación que parece haberse escapado a la lógica habitual. Uno tras otro los interlocutores tradicionales árabes con los que los sucesivos gobiernos israelíes han mantenido contactos están o bien desapareciendo o cambiando hacia una actitud menos comprensiva hacia Israel. A partir de ahora, los gobernantes árabes deberán ser más sensibles a los sentimientos de sus ciudadanos que ya no aceptarán medidas llevadas a sus espaldas. Las autoridades israelíes son conscientes de estas circunstancias y a la vista de sus últimas acciones parecen estar mostrando un cierto grado de moderación.

A corto plazo, dos aspectos ocuparán la atención en la zona. En primer lugar se encuentra el riesgo de quiebra de la relación estratégica entre Egipto e Israel, dañada por los incidentes en el Sinaí del pasado agosto. En medio de continuas movilizaciones populares y a la espera de las elecciones presidenciales, el reto que se plantea es saber dar salida a las legítimas reivindicaciones de la población egipcia sin caer en posiciones ideológicas y religiosas que impidan a la larga obtener un acuerdo de paz permanente. En aquel país los Hermanos Musulmanes, que es la organización política mejor organizada, no oculta su animadversión hacia Israel. Aunque está por ver su influencia real sobre el electorado, un futuro gobierno egipcio que abandere posturas radicales antiisraelíes puede dejar en papel mojado los Acuerdos de Camp David, lo que complicaría incluso más el escenario regional. En cualquier caso, el deterioro de la situación de seguridad en el Sinaí, obligará muy probablemente a modificar el

tratado de paz entre egipcios e israelíes de tal manera que los primeros puedan controlar su lado de la frontera, lo que serviría a los intereses de ambos países. Lo que menos interesa a Israel, en un momento en que los sucesos en Siria están calentando su frontera norte, es tener que fortalecer militarmente el flanco sur. Esta solución podría ser vista con simpatía por EE.UU., que en cualquier caso mantendrán un importante ascendiente sobre la cúpula militar egipcia.

De no ocurrir un cambio de última hora, la intención de la Autoridad Nacional Palestina de acudir a las Naciones Unidas buscando su reconocimiento como Estado independiente constituye el segundo aspecto de mayor interés para la región en los próximos meses. Aunque, la causa palestina reciba el apoyo mayoritario de la Asamblea General que se espera este constituirá únicamente un paso hacia la verdadera independencia. Solo un acuerdo bilateral entre Israel y Palestina puede tener consecuencias prácticas. La cuestión es que ocurrirá cuando en octubre los palestinos se den cuenta que el reconocimiento de la Asamblea General no ha servido en la realidad. Así, una nueva intifada en los territorios ocupados no es descartable.

Ante los retos que se avecinan en los próximos meses, la solidez de la posición israelí va estar condicionada por su situación interna. Desde la creación del Estado de Israel, las amenazas externas que ponen en riesgo la propia supervivencia del país han servido como aglutinante de la sociedad. Sin duda, las posiciones nacionalistas han predominado sobre cualquier otro tipo de consideraciones. No obstante, la política económica del gobierno de Netanyahu, la carestía de la vivienda y el deterioro de la educación han enturbiado el clima social. En las últimas semanas se han producido las manifestaciones más importantes de la historia de Israel, en reivindicación de mejoras sociales. Estas manifestaciones parecen estar perturbando los patrones tradicionales en el que un amplio sector de la población, alejándose de las posiciones ultra ortodoxas, solicitan no solo seguridad, sino una mejoría en las condiciones de vida. En cualquier caso, en un momento crucial para el futuro del proceso de paz palestino-israelí y un Oriente Próximo en convulsión, la merma de la cohesión social puede significar un importante elemento debilitador.

CRONOLOGÍA

Tabla 3.1. Cronología del conflicto Palestino-Israelí

Fecha	Evento
1947	Plan de Partición de la ONU para Palestina
1948	Guerra de la Independencia Israelí
1949	Entrada de Israel en la ONU
1950	Israel aprueba la Ley del Retorno que otorga nacionalidad israelí a cualquier judío del mundo
1956-1957	Guerra de Suez
1958	Fundación de Al-Fatah
1967	Guerra de los Seis Días. Israel ocupa Gaza, el Sinaí, Cisjordania y los Altos del Golán
1978	Acuerdos de Camp David. Paz entre Israel y Egipto. El Ejército israelí ocupa el sur del Líbano
1991	Conferencia de Madrid
1993	Inicio del Proceso de Oslo. Reconocimiento mutuo entre la OLP y el Estado de Israel
1995	Acuerdos de Oslo II en Washington. Ampliación de la Autonomía Palestina a Cisjordania
1999	Retirada israelí del sur del Líbano
2005	Retirada del ejército israelí de la Franja de Gaza
2006	Hamas gana las elecciones palestinas
2006	Guerra Israel-Hezbollah
2007	Enfrentamientos entre Hamas y Fatah en Gaza. Mahmoud Abbas disuelve el gobierno de unidad
2009	Discurso del Presidente Obama en El Cairo
2010	Los EE.UU. anuncian conversaciones bilaterales directas entre Israel y los palestinos
2011	La Autoridad Palestina se dirige a la Asamblea General de la ONU en busca del reconocimiento del Estado Palestino